

“CREO EN LA FUERZA DEL TRABAJO, LA CREATIVIDAD Y LA PERSEVERANCIA”

Rubén Cocca

Los orígenes

Nací en Rosario el 14 de junio de 1948, y fui el primogénito de una familia que se completó con mis hermanos Daniel y Analía. Dos de mis abuelos fueron inmigrantes italianos, mi abuela materna proveniente de Torino, y mi abuelo paterno, de quien heredé el apellido, nacido en Castel Pagano, cerca de Nápoles.

Mi padre, Ángel, dejó el campo para ir a trabajar como chofer de ómnibus de larga distancia en la empresa A.B.L.O., en la que mis abuelos invirtieron tras vender su chacra. Amaba su trabajo y con gran capacidad de superación llegó a ser el Gerente General. Él me enseñó a privilegiar la honestidad y me transmitió su vocación cooperativista e industrial, dado que también tuvo una fábrica de elásticos para automotores. De mi madre, Lidia, polifacética artista plástica, profesora de dibujo, pintura, y piano, heredé la sensibilidad artística y el sentido del humor. De ambos, la dedicación al trabajo.

Mis primeros años transcurrieron en Buenos Aires, donde por razones laborales mis padres se mudaron poco después de mi nacimiento. Pero, a mis cinco años, regresamos a Rosario donde viví al principio en el barrio Echesortu, y luego en el Martín, inolvidable territorio de juegos con sus baldíos llenos de cañaverales, sobre las barrancas del río Paraná.

Al mudarnos de barrio, pasé al Colegio La Salle, donde terminé la primaria y la secundaria. Fue una etapa durante la cuál desarrollé un espíritu combativo al defender mis principios frente a las contradicciones que observaba en el colegio.

Nunca fui de tener muchos amigos, pero aún conservo los de mi juventud. Con algunos creamos “Ágape”, un grupo de análisis literario. Con otros presentábamos un espectáculo audiovisual integrando fotos, música y poesía. Y como mochileros viajamos mucho recorriendo todo el sur de Argentina y Chile.

Antes que el deporte, siempre me interesó el arte y ejercitar el pensamiento. Cuando cumplí quince, mi abuela materna, Clelia, me regaló una Remington, que me resultó un gran estímulo para comenzar a escribir cuentos cortos.

También me dediqué a la fotografía, e instalé mi propio laboratorio con lo que ganaba preparando para rendir a alumnos que eran apenas más chicos que yo.

Pedí prórroga del servicio militar para terminar de estudiar Ingeniería Eléctrica en la Universidad Nacional de Rosario, donde me especialicé en Electrónica. Creo que de mi bisabuelo materno, Manuel, heredé la curiosidad por entender cómo funcionan las cosas. Él era un hábil carpintero y técnico electricista. Ya en la facultad, fui becado como investigador del CONICET, y comencé a trabajar como Ayudante de Cátedra. Apenas terminé la carrera, conseguí mi primer trabajo como diseñador de sistemas de control industrial, en una empresa rosarina de la cual uno de sus dueños era quien terminó siendo mi socio y lo sigue siendo actualmente, el Ing. Ricardo Bacalor.

En el '71, hice el servicio militar en el Batallón de Construcciones 121 de Santo Tomé, Provincia de Santa Fe. A poco de ingresar, preguntaron si entre los soldados había algún fotógrafo para remplazar a un suboficial que había fallecido imprevistamente. Me propuse y terminé realizando un audiovisual para documentar la construcción de la ruta entre Gualeguay y Rosario del Tala, que estaba a cargo del Batallón. Fue una experiencia llena de anécdotas que me aligeraron el paso por el servicio militar, del que salí como Dragoneante.

En el '73, nuevamente alentado por mi abuela Clelia, me presenté a una beca del gobierno de Italia. Gané un lugar entre más de novecientos postulantes y viajé para estudiar en la *Facoltà di Ingegneria di Roma*, en la cuál me doctoré con las mejores notas en Sistemas de Control y Cálculo Automático.

Dada la experiencia que llevaba construyendo aparatos, me designaron Ayudante de Trabajos Prácticos en la cátedra donde asistían profesionales de varios países. Recuerdo que, a menudo, estudiaba sentado frente de la escultura del Moisés, en un banco de la iglesia ubicada al lado de la facultad, donde se podía estar en silencio. Y como la beca sólo cubría mi estadía, pero yo me había casado días antes de viajar, para cubrir la diferencia y contar con dinero para pasear por Europa, me puse a hacer artesanías en cuero fuera del horario de la facultad, que vendíamos sobre un tapete en la Piazza di Spagna. Mi estadía en Italia dio lugar a que también viajaran mis hermanos, mi cuñado, y mi abuela que así volvió a visitar su tierra natal después de toda una vida.

En el '75, ya de vuelta en la Argentina, la UNR me nombró profesor adjunto de las cátedras Circuitos Electrónicos y Electrónica Industrial. Ejercí hasta el '83, cuando renuncié para dedicarme exclusivamente a la empresa. Pero antes de hacerlo me presenté en el concurso convocado por el flamante gobierno democrático, porque no quería irme sin antes haber revalidado el título de profesor.

Un proyecto industrial

En el '77, entré a trabajar en una fábrica rosarina como diseñador de transformadores rurales, industria que pocos identifican con la metalúrgica, a la que se relaciona más con la metalmecánica que con la electro-electrónica. Y en el '79, cuando la fábrica cerró, decidí dejar de trabajar en relación de dependencia para dedicarme a desarrollar un proyecto propio, a pesar de que no contaba con respaldo económico.

Así fue como en el '80, con el Ing. Ricardo Bacalor y el Ing. Luis Piñeiro, fundamos en Rosario Centro Instrumental, en principio para vender instrumentos electrónicos. Pero el deseo de ejercer la profesión fue más fuerte y pronto nos dedicamos a la ingeniería, primero trabajando para terceros, y luego, cuando aparecieron las primeras computadoras personales, fabricando una computadora nacional bajo el Régimen de Promoción de la Industria Informática regulado por la Res. 44/85 de la Secretaría de Industria de la Nación, que con ese fin realizó un concurso de proyectos donde nos presentamos y obtuvimos el primer lugar en la categoría PyME.

Ya entonces comenzó a trabajar en la empresa el Ing. Antonio Nachez, prestigioso profesional y docente, con quien yo había cursado la carrera, y que aún sigue con nosotros a cargo del equipo de desarrollo.

El primer logro llegó con la fabricación de una computadora multiusuario que salió al mercado con nuestra marca registrada, MICROTROL. Un producto que fue rápidamente adoptado por muchas cooperativas eléctricas y agrícolas de todo el país, al reconocer su potencial para reemplazar los equipos



La primera sede de Microtrol, en Rosario.

de tarjeta perforada que venían utilizando. En aquel tiempo, un disco rígido de 5 MB tenía 50 cm de diámetro y pesaba varios kilos, por lo que, dada la pequeña escala de producción, debíamos instalarlos en gabinetes de madera enchapada, hoy convertidos en una auténtica curiosidad arqueológica.

Asimismo, cuando aún no existía el Word ni las impresoras, desarrollamos un procesador de textos utilizando nuestra computadora conectada a una máquina de escribir eléctrica. El programa tenía un algoritmo propio para corrección ortográfica. Fue una buena idea aunque vendimos poco. En aquel tiempo las Naciones Unidas nos distinguió como una de las industrias de América Latina más destacadas en innovación tecnológica.

El proyecto de fabricar computadoras nacionales tuvo corta vida. En el '86, a un año de iniciada la promoción industrial, el gobierno nacional la abandonó para dar lugar a la apertura del mercado. Fue un duro golpe que nos obligó a replantearnos qué hacer, con el agravante de que el repentino cambio de política industrial nos hizo perder todo el capital acumulado.

Crecimiento y crisis en los '90

Puestos a pensar hacia dónde canalizar nuestra actividad, comenzamos a fabricar productos relacionados con la transmisión de datos bajo protocolo X.25, un sistema de alta seguridad usado para validar tarjetas de crédito y transacciones en cajeros automáticos. Gracias a un acuerdo con Startel, empresa de Telecom y Telefónica, vendimos muy bien integrando nuestros productos a las soluciones *“llave en mano”* que esa empresa vendía conjuntamente con la línea de acceso X.25.



Productos para comunicaciones bajo protocolo X.25, que fabricamos en los '80 y '90.

Esa etapa exitosa terminó en el '96, con la llegada de Internet que vino a reemplazar al mundo X.25. Nuestras ventas cayeron rápidamente y debimos enfrentar una nueva crisis que nos obligó a achicar la empresa de manera drástica, cuando habíamos llegado a tener casi cien empleados. En parte, esa crisis se debió a nuestra lentitud para aceptar el cambio que implicaba Internet, y por otra parte a la indiscriminada apertura de importaciones de un gobierno contrario a la industria.

Una vez más, tuvimos que reinventar la empresa y entonces comenzamos a incursionar en la transmisión de voz por Internet, tecnología que en ese momento era tan novedosa como discutida. En 1996, ya siendo los únicos socios Bacalor y yo, rebautizamos la empresa como MICROTROL, capitalizando así el nombre de nuestra marca registrada por la cual ya éramos reconocidos.

Aquella última crisis nos enseñó la importancia de tener una estructura flexible, capaz de operar en contextos muy cambiantes como el de la electrónica en general y el de la Argentina en particular. Cuando la realidad demanda cambios, demorarse es fatal. Aprendimos a tercerizar trabajos que antes hacíamos dentro de la empresa. Y también confirmamos que, aún en el peor de los escenarios, los crisis ofrecen oportunidades. En nuestro caso, fue la de incursionar en la convergencia digital, dando lugar a desarrollar nuestro propio SoftSwich, una central de telecomunicaciones que posibilita a los operadores de telecomunicaciones, como las cooperativas y los cableros, brindar a sus clientes servicios integrados de voz, datos y video, sobre una red IP.

Gracias a la flexibilidad adquirida y a la nueva apuesta por un producto innovador, la crisis nacional del 2001 nos encontró bien parados, en tanto que cerraban sus puertas la mayoría de las empresas de nuestro sector, que también habían comenzado en los ochenta.

MICROTROL, hoy

MICROTROL es una empresa de capital nacional, con cimientos en la calidad y la innovación, especializada en desarrollos de ingeniería y en la fabricación de equipos de punta destinados al mercado de las telecomunicaciones.

Con un plantel actual de treinta y cinco personas, en su gran mayoría ingenieros y técnicos, trabajamos en diversos proyectos. Somos los únicos diseñadores y fabricantes de SoftSwich Carrier Class de Latinoamérica, el cual cuenta con certificación de calidad de la Unión Europea. Asimismo, proveemos sistemas integrados para administración de redes, y brindamos servicios de mantenimiento técnico. Por otra parte, en el 2009 comenzamos a desarrollar



Entregando un decodificador Microtrol a la Presidenta Cristina Fernández de Kirchner en el Congreso Metalúrgico de ADIMRA 2011.

un decodificador para el proyecto Televisión Digital Abierta que impulsa el gobierno nacional, el cual se convirtió en el mejor producto del mercado.

Para diseñar nuestro SoftSwitch, tuvimos apoyo financiero de la Agencia Nacional de Promoción Científica y Tecnológica de la Nación. Además, habitualmente suscribimos acuerdos de vinculación tecnológica con universidades argentinas. Nuestra capacidad de ingeniería se refleja en los importantes proyectos que hemos llevado a cabo, tanto con organismos públicos y como con empresas privadas, dentro y fuera del país.

Estoy convencido de que el rol de las empresas tecnológicas es fundamental, no sólo porque permiten generar puestos de trabajo calificado y bien remunerado, sino también porque para todo profesional es importante tener la oportunidad de trabajar donde se pueda tomar contacto directo con la realidad del mercado, en un ámbito favorable para canalizar las propias iniciativas.

Gremialismo empresario

De mi padre heredé la vocación por el gremialismo empresario; era un cooperativista de alma. Lo cierto es que más allá del trabajo siempre dediqué mucho tiempo a la actividad en cámaras y asociaciones.

Entre otros cargos, fui miembro del Centro de Investigaciones Tecnológicas Electrónicas e Informáticas (CITEI) dependiente del INTI,

SoftSwitch Carrier Class Microtrol MSK 10, totalmente desarrollado en la Argentina.



En la sede de CADIEEL,
donde soy Vicepresidente
y Titular de la Comisión
de Electrónica.



y de la Comisión Argentina del Programa Bolívar. Representé a la Cámara Argentina de Industrias Electrónicas, Electromecánicas, Luminotécnicas (CADIEEL) en el FORO TIC organizado por la Secretaría de Industria de la Nación, donde elaboramos un proyecto de ley para modificar la Ley de Compre Trabajo Argentino, que el Senado Nacional aprobó en 2011, y otro para promover el desarrollo de la Industria Electrónica nacional radicada en el continente.

Actualmente soy Vicepresidente de CADIEEL y titular de la Comisión de Electrónica. Y como representante de la cámara integro el Comité de Presidencia de ADIMRA, donde además presido la Comisión de Compre Nacional.

Dado que para las PyMEs es difícil proyectar sin estabilidad económica y políticas industriales de largo plazo, estoy convencido de que solo trabajando en conjunto se pueden lograr los cambios necesarios para mejorar el desarrollo industrial del país.

Más allá del trabajo

Empiezo temprano y trabajo muchas horas por día, pero terminada la jornada laboral me gusta compartir la vida en familia y con amigos.

Siempre me gustó leer, y escribir, preferentemente cuentos y novelas cortas. Entre los famosos, disfruto de Cortázar, Borges, Carver, y Bradbury, entre otros. Y de los actuales me gustan, por ejemplo, Guillermo Martínez, Martín Amis y Paolo Giordano. Asistí a dos talleres literarios, uno en Rosario y otro en Buenos Aires, donde me estimularon para escribir cuentos cortos. Y cuando cumplí sesenta, Mirta, mi mujer, me sorprendió regalándome una selección de mis cuentos, compilados en un libro titulado “Cuatro estaciones”, para el

cual mi familia y mis amigos contribuyeron aportando ilustraciones, diseño y edición.

También me gusta el cine, películas como, por ejemplo, “Apocalipsis Now” de Coppola; “Lo que resta del día” de Ivory, y “Ciudad de Ángeles” de Altman. Y otros directores como Fellini, Kurosawa, Forman, Tarantino, Almodóvar, Weir.

Por otra parte, mi gusto por el arte y la naturaleza me llevó a incursionar en la fotografía de aves, actividad que me permite ejercitar la paciencia y la perseverancia, al igual que mis otros hobbies, que son escribir y cocinar. Me entretengo con la meticulosidad que me exige preparar sushi. O la perseverancia que requieren las fotos que llamo “Smoke”, en homenaje a la película homónima, en las que vengo retratando a mis tres hijos, juntos y en la misma pose, año tras año desde el ‘96 hasta hoy, creando un hilo conductor invisible que nos une a través de los años.



Mis hijos
Romina, Ayelén
y Lisandro, en
1996 y 2011.

Con Mirta, en
Estocolmo. 2011.



El legado

Tengo tres hijos, Romina, Ayelén y Lisandro. En el '99 conocí a Mirta, mi actual mujer, con la que fuimos pioneros en eso de establecer relaciones a través de Internet. Hoy, gracias a sus hijos, Nicolás y Franco, y a los míos, somos felices abuelos de Antonia, de un año y medio, y de tres en camino, Carmela, Gino y Elián, que nacerán este año.

Creo en la fuerza del trabajo, la creatividad y la perseverancia. Al mirar lo hecho hasta ahora, siento satisfacción por el camino recorrido: comenzar sin nada y llegar a ser parte de una empresa que es un referente dentro de su sector. Algo sólo posible porque muchas de las personas que he tenido cerca, desde mis padres, familia y amigos, hasta mis colegas industriales, me transmitieron valiosas enseñanzas que me ayudaron a realizar ese recorrido.

En el trabajo prefiero escuchar antes que hablar, y trato de ayudar a los demás en todo lo posible. Soy exigente, conmigo mismo y con los demás, pero respeto a quienes trabajan conmigo. Y creo que es muy importante darle oportunidad a los jóvenes, a quienes intento mostrarles en los hechos todo lo que se puede hacer en el país cuando existe capacidad, claridad de objetivos, convicción y tenacidad.